

La creación colectiva a partir del abordaje de lo sensible. Un análisis desde el Trabajo Social sobre experiencias de encuentro desde la danza-movimiento

Por Paula Ricciardi

Paula Ricciardi. Licenciada en Trabajo Social (UNLaM). Residente de primer año en el Hospital Gral. de Agudos Parmenio Piñero, CABA (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina).

Introducción

El presente artículo se elaboró a partir de una investigación realizada en el año 2018 en el Partido de La Matanza (provincia de Buenos Aires, Argentina), en el marco de la elaboración del trabajo final de grado para la obtención del título como Licenciada en Trabajo Social en la Universidad Nacional de La Matanza. Por medio de la misma se indagó sobre el proceso de enriquecimiento que se da en lo microsocioal a partir de experiencias de encuentro en espacios donde se utilizan distintas técnicas de danza y movimiento.

Partir de la problematización sobre cómo pensar en la reconstrucción de un tejido social profundamente fragmentado implicó posicionarse desde una postura en la que se reconoce que la separación se consolidó no sólo en las relaciones sociales sino también en la construcción del sujeto mismo. Es por esto que la investigación se orientó a poder caracterizar distintas experiencias de encuentro donde se trabajaba desde el abordaje del cuerpo y lo sensible a partir de técnicas de danza y movimiento que se caracterizan por la interacción corporal a través de distintas expresiones de movimiento subjetivas desde los propios sentires, pero al mismo tiempo moldeadas en relación con un otro. Para esto, se consolidaron tres líneas de análisis que estructuraron la investigación: los aspectos subjetivos, los aspectos grupales y la vinculación entre la experiencia de participación en dichos espacios con la vida cotidiana de los participantes.

Por medio de decisiones políticas que encarnan la lógica de orden capitalista en la que la existencia del mismo prescribe en una sociedad disciplinada, callada, sumisa, que se apropia de las estructuras sociales como el orden de lo dado, se ha devenido en la construcción de personas que caminan como nadies, que no oyen, no sienten, no sufren, no perciben el dolor ajeno. Una estructura – estructurante que monotoniza el andar, obstaculizando cualquier intento de habla, adormeciendo las capacidades expresivas. De esta manera, repensar los espacios microsocioales, significa repensar cómo la coyuntura macro se inscribe en los territorios y en las construcciones de subjetividades y padeceres, invitando así a construir y problematizar espacios de acontecimientos donde se recupere el encuentro y el habla de los sujetos, irrumpiendo en nuevas posibilidades de construcción de subjetividades desde el sentido de un nosotros.

El desarraigo de las identidades colectivas hacia un proceso interpretado como “declive de la comunidad”, descansa sobre el pilar de la complejización social desde el crecimiento urbano, la

decadencia geográfica de la comunidad y el aislamiento de las personas que componen y construyen la humanidad. Dicha transformación socio cultural infirió en el resquebrajamiento de las redes de apoyo a partir de un proceso de *“encapsulamiento del hombre”*, el cual refiere a una *“creciente negación a su ser social (...) el hombre se repliega como un necesario mecanismo de defensa frente a los demás y este repliegue sobre sí mismo”* (Chadi en De Ieso 2010: 5).

En consonancia a lo mencionado, resulta necesario problematizar lo retomado por Juan José Burgos Acosta, quien reformuló lo desarrollado por Boaventura De Sousa Santos sobre el “epistemicidio” en la sociedad. Esto refiere a *“la tragedia producida por las poderosas culturas modernas capitalistas que impusieron una sola forma de cognición, desconociendo la variedad y riqueza de conocimientos que son los que finalmente configuran las prácticas sociales”* (Burgos Acosta 2015:101). El epistemicidio implicó el triunfo de la razón por sobre la emoción. Las sociedades modernas rechazaron todo aquello que intentara resistir al triunfalismo racional. De esta manera, la constitución de las mujeres, los hombres y las prácticas sociales se rige bajo una gramática colonial caracterizada por un escaso interés a la realidad emocional, realidad intrínseca a todo proceso de construcción de subjetividades.

Tomando entonces la fragmentación social materializada en prácticas individualistas junto con el “epistemicidio”, se infiere que resulta menester poder despertar el sentir en los seres humanos, amalgamando una emocionalidad problematizante de los sujetos frente a sus propias realidades y la de los demás como camino a la construcción de puentes de compañía y apoyo mutuo. Sobre esto es que Sefchovich expresa: *“debemos expresar con más confianza lo que ocurre en nuestro interior (...) para enriquecer a nuestro ser, y por ende a la sociedad* (Sefchovich 1987:16)

No obstante, un posicionamiento teórico que resulta importante destacar es el de Adrián Scribano, quien refiere que, a lo largo del tiempo, el sistema capitalista hegemónico se ha transformado en *“una gran máquina depredatoria de energía -especialmente corporal- configurando-redefiniendo sus mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones”* (Scribano 2009:4). Esto implica, entre otros aspectos, que la dominación y el disciplinamiento no se circunscriben solamente en dimensiones de desigualdad social, económica, sino que también las emociones, sensibilidades y energías corporales se encuentran atravesadas por mecanismos de dominación que regulan los sentires, las expresiones creativas y las energías humanas.

De esta manera, el adoctrinamiento implica una “devoración” de las capacidades subjetivas de vinculación con uno mismo así como para con otras personas, obstaculizando esencialmente a los sujetos en el desarrollo de capacidades reflexivas frente a los propios sentires según las vivencias personales. La fragmentación social se corporiza no sólo en una semántica de prácticas sociales individualistas, sino también en el sujeto mismo, dado que resulta difícil entenderse como un todo cohesionado donde el cuerpo, mente y sensaciones interactúan en la producción de significados dentro de un contexto social y culturalmente dado. Poder tomar conciencia frente a lo que uno percibe, siente y vive es factible de entenderse como un acto contrahegemónico, donde las personas pueden reflexionar hacia una mirada crítica de la vida misma, tomando las riendas de las propias acciones y fortaleciendo así la construcción de ciudadanía.

De esta manera, los desafíos de la actualidad llevan a repensar espacios estratégicos de intervención que inviten a problematizar aquellos aspectos adormecidos socio culturalmente, que existen dentro de uno, a transformar la inmanencia para trascenderse como sujetos sociales.

Pensar en una transformación de la inmanencia de los sujetos implica repensar, en consecuencia, cómo interpretamos a los mismos dentro de los dispositivos de intervención, buscando cohesionar

lo que el “epistemicidio” y el sistema fragmentó: cuerpo-mente, sensaciones y el vínculo con el otro.

Consideraciones metodológicas

La investigación se encuadró en un marco metodológico cualitativo y el universo de estudio se constituyó por las distintas experiencias en espacios grupales que utilizan técnicas de danza y movimiento, mientras que las unidades de análisis fueron aquellas personas que hubiesen participado en dichos espacios por un lapso no menor a seis meses, a modo de poder analizar y explorar dichas experiencias en términos de procesos de aprendizajes, auto conocimiento y producción de sentidos. La muestra fue seleccionada sobre los participantes de tres espacios distintos, los cuales realizan abordajes grupales de danza y movimiento. Estos fueron **-I-**:

- “Danza Creativa”: llevada a cabo en la Fundación Espacios de la Mujer, partido de Moreno (Provincia de Buenos Aires). Coordinado por una psicóloga corporal, y la técnica utilizada es la danza terapia. Sus participantes son todas mujeres. La mayoría inició su participación a raíz de una derivación profesional para complementar el proceso terapéutico tras haber padecido diferentes situaciones de violencia de género.
- “Movimiento, danza y respiración”: esta actividad se lleva a cabo en el CIC (Centro Integrador Comunitario) del Barrio Almafuerde, San Justo (Partido de La Matanza, Provincia de Buenos Aires), coordinada por una psicóloga y una residente de Trabajo Social, quienes implementan distintas técnicas vinculadas a la biodanza, danza terapia y ejercicios de respiración. En dicha actividad participan tanto mujeres como hombres. Si bien la convocatoria es abierta a la comunidad, en su mayoría deciden iniciar tras la propuesta de profesionales del área de salud de dicho centro, en miras de poder trabajar de manera grupal las distintas problemáticas que atraviesan a los participantes en clave de contribuir al proceso de atención-salud-enfermedad.
- “Expresión y movimiento corporal” desde una perspectiva holística: llevada a cabo en “La Casa de Haedo” (Partido de Morón, Provincia de Buenos Aires). La convocatoria es libre e irrestricta y el espacio fue autogestionado por una facilitadora de expresión corporal. Los participantes de dicho espacio participan desde una postura de ocio y recreación.

Las técnicas utilizadas para la recolección de datos fueron en primer lugar la observación participante, la cual se implementó habiéndome presentado previamente en los grupos como investigadora de la Universidad y compartiendo líneas generales del trabajo. A su vez, se implementaron entrevistas semiestructuradas en profundidad a doce participantes de los tres distintos espacios observados, siendo éstos tanto de género femenino como masculino y perteneciendo a un rango etario diverso, entre los treinta y los setenta años, lo cual permitió recolectar información sobre las distintas experiencias a partir de las propias voces.

Cabe resaltar, una vez más, que los ejes de análisis han sido lo subjetivo, lo grupal y la interacción de la experiencia con la cotidianidad de los participantes. Cuando se planteó la primera dimensión -subjetiva- como categoría de análisis, se aludió en términos amplios a los modos de ser, es decir de percibir, pensar y actuar de un sujeto en un contexto histórico social dado, producto de dicho contexto. Debido a esto, la subjetividad es una construcción esencialmente cultural en un momento determinado y no una esencia del ser humano (Dell’Anno; Teubal, 2006). Es, por lo tanto, estructura estructurante, producida y reproductora de prácticas sociales. En lo que respecta al trabajo de investigación, lo subjetivo se abordó con miras a indagar sobre cómo cada sujeto

vivencia a nivel personal su participación en estos espacios, profundizando sobre los aspectos que han podido reconocer y autoreconocer desde el interaccionismo con su propio cuerpo, la música y el movimiento y sobre cuáles han podido reflexionar.

Desde la dimensión grupal se hizo hincapié en las distintas vivencias relacionadas con el encuentro con el otro. Haber indagado sobre dicho aspecto permitió profundizar sobre cómo el sujeto participante reflexiona sobre la interacción con el otro, en tanto diferente a uno mismo, implicando entender que el individuo no es la primera ni última esencia del ser sino que el sujeto se construye en relación con otro y que, a su vez, la singularidad de la persona reside a partir de la existencia de lo alterno, de la otredad. (Montero, 2015). Se es porque hay otro. Y no sería posible “ser” sin la existencia de ese otro, entendiendo(nos) como seres relacionales y constructores de conocimiento a partir de las interacciones entre cada uno de nosotros.

La vida cotidiana fue una dimensión de análisis que permitió profundizar acerca de los cuestionamientos y aprendizajes construidos por los sujetos desde la experiencia, ya que en palabras de Omill, lo cotidiano representa: *“la trama social, en la cual los sujetos articulan su existencia. En ese escenario es posible desentrañar las expresiones de la cuestión social hoy”* (Omill 2016: 6). Esto implicó, entre otros aspectos, poder dar cuenta de la construcción de significaciones de los sujetos según las vivencias y experiencias de vida a través de las cuales construyeron saberes y posicionamientos, condicionados por un orden social y culturalmente dado y cómo los mismos han sido cuestionados -o no- a partir de la participación en dichos espacios, irrumpiendo en nuevas formas organizativas con la cotidianidad.

Aproximaciones teóricas sobre la Danza-Movimiento

David Le Breton (2005) define a las danzas ancestrales o primitivas como una expresión comunitaria que *“traducen la solidaridad orgánica entre el sí mismo, el otro y el cosmos; convocando a los dioses, encarnándolos, celebrándolos y alimentando la memoria colectiva”*.

Podría decirse, de esta manera, que las danzas tradicionales encarnan a un mundo desde el nosotros, donde se implican un modo de visión del mundo (cosmología), una imagen del hombre (antropología) y una ritualidad precisa (Le Breton, 2005:103).

Eran así, un camino necesario de manifestación sentida entre las personas para poder comunicarse con los dioses u ancestros, por medio de la celebración de la vida colectiva, donde se reforzaban los lazos sociales desde la identificación del otro y los otros a través del movimiento.

Con el paso del tiempo, a principios del S. XX comenzó a tomar gran fuerza la danza moderna, cuyo objetivo *“era reemplazar, subrayar como valor los movimientos expresivos, la espontaneidad y la creatividad individual”* (Levy, 1992, citado por Fischman Diana, 2001). Si bien son muchas las fuentes que nutren a esta nueva concepción de la danza, cabe destacar que el centro de la misma tenía un encauce dentro del proceso temporal de la historia, donde el avance de la individualización del lazo social comenzaba a legitimarse en todos los aspectos del sentido humano. David Le Breton afirma que:

La danza moderna testimonia la soledad del hombre sumergido en un mundo en el que debe desde ahora, inventar un sentido, un mundo que pierde sus antiguas orientaciones y se fragmenta, generando temor y exaltación a la vez (...) es lenguaje en sí misma y opera un discurso sobre el mundo. (Le Breton, 2005:107)

No obstante, es desde las distintas corrientes de la danza moderna que comienzan a surgir distintos posicionamientos para intervenir en lo social, buscando promover el desarrollo de las capacidades de expresión no verbal y la sensibilidad de las personas dentro de una participación retroalimentada entre la vivencia subjetiva con la colectiva. Tomando lo desarrollado por Dora García, citada por Pavón Rico, se puede definir al hecho de bailar colectivamente como el acto de *“Posicionarnos como seres especiales, que utilizamos el cuerpo como metáfora de sostén y ponemos en práctica técnicas que hacen al movimiento, la reflexión y el cambio de actitudes, acercándonos cada vez más al aprendizaje cooperativo desde una manera integral (...)”* (Dora García en Pavón Rico, 2018: 18)

Continuando con esta línea teórica es que se puede inferir que el concepto de la danza se encuentra estrechamente vinculado con el de movimiento. El mismo es definido por Claudia Mallarino Flórez como:

“Una necesidad que se verifica desde dos ámbitos distintos. El hombre se mueve porque está diseñado corporalmente para hacerlo y porque de su movimiento depende la posibilidad de relacionarse con otros hombres, con los eventos y con los objetos y, por lo tanto, construye una forma particular de vivir y de actuar como ser social. La segunda instancia desde la cual se verifica el movimiento es la dimensión del goce, el espacio en donde moverse obedece a un impulso interior de expresarse, de comunicarse, de entregarse, de amar y de ser feliz” (Mallarino Flórez, 2008: 120)

La Dimensión subjetiva de las experiencias

Un rasgo que resultó interesante fue que la mayoría ha expresado ciertos tipos de resistencias a iniciar la participación dentro de alguno de estos espacios. Éstas estaban vinculadas con el autocuestionamiento sobre qué aspectos podría ayudarlos participar en un grupo de danza y movimiento. Algunas respuestas fueron:

“Al principio fue raro porque te preguntás “¿Que hago acá?”; no entendés, o sea no le encontrás cuál es el objetivo”

“Y la verdad que la primera impresión que tuve fue como “Que raro”, algo loco, no le encontré sentido (...) después de, más o menos, siete u ocho clases lo empecé como a disfrutar más y vi cómo me iba haciendo bien”

Por otro lado, gran parte de los entrevistados han coincidido en haber transitado un proceso de autodescubrimiento de los aspectos emocionales, donde expresaron haberse encontrado con muchas emociones al mismo tiempo, en tanto llanto, melancolía, felicidad y que, a su vez, les dificultaba entender el por qué de dichas sensaciones. Se encontraron con un desborde de sensaciones que han sido “liberadas” -categoría que se ha escuchado en las entrevistas de manera reiterada- pero que han tardado varios encuentros para poder reflexionar y vincular el por qué de dichas reacciones. Algunas de las respuestas más concisas y claras fueron:

“Era llorar y llorar porque me emocionaba mucho. A veces Charo daba una consigna y yo estaba perturbada y me costaba encontrarla y conectarme con eso, conectarme con la palabra “final”, la tenía y como que había una confusión, se me cruzaba otra. Me costaba entender qué sentía, y más ponerlo en palabras”

“Y te conectas con la música y te dejas llevar, es un todo. Es como que lo sentís ahí adentro, que está, pero en el momento no podés descifrar bien en palabras qué es. Te atraviesa, y te emocionas”

Las actividades que implican poner el cuerpo en movimiento por medio de la música y de los propios sentires no se comprendían como un espacio para poder aliviar y/o transitar cuestiones personales. Podría reflexionarse sobre la construcción legitimada en el imaginario social, que se arraiga con una fuerte impronta en los sujetos donde el cuerpo es sólo materia pasible de trasladarse y movilizar hacia los lugares que se quiere ir, pero no como espacio generador de conocimiento o como parte de la integración de una persona a través del cual se conoce el mundo y se construye conocimiento y posicionamientos sobre la realidad por medio de los sentidos corporales.

Estas situaciones de poca comprensión frente al estallido sensible en el que se encuentran, la dificultad de comprender racionalmente el por qué de las sensaciones de llanto, melancolía, así como también el encontrar una sensación de liberación, de soltura desestructurante, responde a la sumersión en un proceso de experiencia que desafía las condiciones de construcciones de subjetividades imperantes. El sistema capitalista hegemónico mercantiliza a los seres humanos, creando mecanismos de regulación de las sensaciones, los cuales oprimen, devoran e inhiben las capacidades de liberación de las sensaciones de los sujetos. Oprimir dichos aspectos implica avalar la producción y reproducción de un sistema social monótono, pasivo, inerte, quieto. La quietud de los sujetos define la construcción social de subjetividades legitimadas en términos de soportabilidad, de no ahondar en lo que uno siente y percibe, sino en continuar hacia adelante. Sin embargo, esto ha interpelado a pensar: ¿avanzar hacia dónde si una persona no logra adentrarse en sus expresiones más profundas?, ¿cómo puede tener un pensamiento crítico de la realidad si no puede problematizar sus propios sentires?

Un último aspecto que se considera interesante mencionar en este eje de análisis es que casi en la totalidad de las entrevistas se ha coincidido en que su experiencia de participación en dicho espacio conllevó al autodescubrimiento de sentires y sensaciones y el poder construir nexos con respecto a vivencias pasadas, permitiéndoles complejizar la comprensión con respecto a lo vivido y por ende, expandiéndose a nuevas maneras de conocer la vida, la existencia y sobre todo reinterpreta los padeceres subjetivos.

Poder reconocer lo que uno siente, así como reivindicar el significado de las manifestaciones de las emociones, como lo es el llanto, se puede inferir que responde a un proceso de deconstrucción de uno mismo, de interpelación profunda sobre aspectos que son silenciados, para volver a la praxis de manera fortalecida. Dicho movimiento de desarme y rearme de las vivencias personales promueve el fortalecimiento del desarrollo de ciudadanías, dado que se han cuestionado estructuras sociales naturalizadas, legitimadas silenciosamente en su integralidad, desde el cuerpo, el sentir y en el proceso de racionalización, para construir sus propios significados, sus propias perspectivas y por ende, sus propias decisiones. Aquí cabe tomar lo mencionado con anterioridad con respecto a lo subjetivo y resignificar el carácter movable y relacional de dicha dimensión de los seres humanos. Las construcciones de subjetividades no surgen como un hecho ontológico *per se*, sino que se van moldeando y construyendo en interacción con un contexto sociohistórico dado. Los modos de ser, percibir, pensar y actuar, son construcciones subjetivas desde las mismas experiencias vividas y como la palabra lo indica, si algo se construye también puede deconstruirse, para reafirmarse en nuevos andamios de perspectivas.

Dimensión grupal de las experiencias

En lo que respecta a dicho eje de análisis, se profundizó especialmente en el aspecto vincular y de enriquecimiento desde el encuentro entre los participantes, entendiendo a los sujetos como seres relacionales, donde la singularidad existe a partir del reconocimiento de lo alterno, del otro. Una de las elaboraciones más interesantes que se ha podido construir, es el hecho de que la experiencia desde el encuentro y las dinámicas grupales ha permitido a los participantes aprender a reconocer las emociones y sensaciones del otro, descubriendo nuevas maneras de acercarse. Respuestas que reflejan esto:

“Pude empezar a ver al ser humano con todos sus aspectos, libre, vulnerable, abierto, con ganas de aprender...y de reconocerse. Esto me generó a parte poder registrar a los demás desde lo sensible, no sé si me explico y es como un feed back”

“Aprendes a tener un registro del otro distinto, verlo moverse, sus gestos, y entendés que le pasa, y sin hablar eh, todo sin hablar”

A su vez, la mayoría de las personas entrevistadas han coincidido en la noción de empatía, de poder comprender al otro sin juzgar sino desde el respeto, enfatizando en el reconocimiento de lo que le sucede, como algo similar a lo de uno. El reconocimiento en el otro frente a lo que uno mismo siente y percibe sobre su vida propia, refuerza la autoaceptación y por lo tanto, la construcción de lazos sociales de apoyo mutuo y de fortalecimiento colectivo. Dell’Anno y Teubal hacen mención al carácter de universalismo de los grupos, refiriendo al afianzamiento del poder colectivo a partir de consolidar un espacio que permita a los participantes abrirse a nuevos sentires, desde alivio, escucha y encuentro de similitudes con otros, cuestionando las prácticas individualistas del orden hegemónico que llevan a un aislamiento del sujeto a fin de no ser juzgado frente a una dolencia (Dell’Anno y Teubal, 2006).

“El dar y recibir, que, si los demás se sienten bien, yo me siento bien conmigo mismo también. Es un ida y vuelta”

“Yo considero que ellas me transmiten y yo transmito, hay un ida y vuelta (...) Somos la fuerza cuando nos encontramos y danzamos. Compartimos lo que vivimos desde lo más profundo”

Un aspecto que se ha problematizado bastante a lo largo de la investigación es cómo poder reconstruir un tejido social fuertemente dañado y fragmentado por una sociedad organizada bajo decisiones políticas de competitividad, materialista e individualista, fundadas en los pilares del libre mercado capitalista. El debilitamiento de los lazos sociales es una consecuencia significativa de dicha coyuntura, lo que lleva a una estructuración –estructurante- de repliegue de los sujetos, alejándose de sus condiciones sociales, de su interaccionismo social, de apoyo y encuentro. Para poder analizar dicho aspecto se ha preguntado en primer lugar a los entrevistados cómo podrían describir o caracterizar las relaciones que se establecen entre los participantes y luego ahondar en el por qué las consideraban con esas características.

“Y en ese hacer, cuando cruzas la mirada, un abrazo, y a veces salen espontáneas (...) como te das cuenta vos que el otro te entiende, que está ahí para ayudarte”

“Siento que hay una relación de respeto. Siento como un respeto muy fuerte entre nosotros”

“Y, con el grupo la relación es muy fluida, de contacto visual, físico, pero de mucho respeto, entonces uno sabe hasta dónde con cada uno. Como que vas registrando los límites del otro y eso está muy bueno”

Estas son algunas de las respuestas, que manifiestan, dentro de la unanimidad de todas las entrevistas, un punto en común donde han caracterizado el encuentro con el resto de los participantes como un espacio en el que se crearon lazos de contención, empatía, compañerismo y sobre todo, han resaltado el respeto por el otro. Muchas de las justificaciones con respecto a este último punto refirieron a que, el poder reconocer en lo alterno, en sus miedos y/o timidez, les permite crear un espacio de respeto a la hora de realizar las dinámicas corporales grupales. Se puede inferir que estos valores que describen a los lazos construidos, se amalgaman en una red consecuente, donde se potencializan todos los aspectos a efecto cadena.

Vida Cotidiana

El aspecto principal hallado casi por unanimidad es que todas las personas que fueron entrevistadas manifestaron haber aprendido a socializar y/o a vincularse con el otro desde el autoconocimiento. Han resaltado el hecho de que el aprender y autoconocer aspectos personales, repercutió directamente en la manera en cómo se ve a la otra persona y, de esta manera, en la construcción de sus vínculos sociales.

Desde el movimiento introspectivo que generan estos espacios de danza y movimiento, las personas aprendieron a encontrar sus propios límites ya sea corporales y/o sensibles, al reconocerse uno mismo en tiempo y espacio, entramado por una historia, emociones y un contexto social, permitiendo interpelar distintas nociones cotidianas, entre ellas, su manera de vincularse con el resto de la sociedad. Esto repercute en una construcción de entendimiento radicada en el poder reconocer los propios límites y a su vez, expresarlos, entendiendo a la comunicación y a la expresión como mecanismos fundamentales para la construcción de relaciones sociales. Desnaturalizar aspectos internos y poder tomar conciencia de los mismos implica entonces poder comunicarlos y expresarlos. Una respuesta significativa al respecto de dicho aspecto fue:

“Aprendí que cada uno es como es, y a veces te duele, que te gustaría que sea diferente la otra persona, porque vos sí sos capaz de darle un abrazo, escucharlo o decirle que está todo bien, pero a veces vos esperas lo mismo de la otra persona. Pero no lo podés forzar porque esas personas ya son así”

El intercambio recíproco que se da en estos espacios permitió a los sujetos abrirse a nuevos imaginarios sobre la realidad, conociendo, interpelándose y al mismo tiempo, construir una perspectiva distinta sobre lo que está ahí y es factible de verse; en otras palabras, el hecho objetivado. La apreciación subjetiva sobre el mismo, por lo general se encuentra condicionada por aquellos mecanismos de micro poderes, los cuales atraviesan a los integrantes de la sociedad, construyendo orden de sentido y orden de valoraciones.

Es a partir de estos procesos de aprendizaje que recorren los sujetos lo que les permite a su vez

trasladarlo a sus ámbitos cotidianos, modificando la manera de percibir y entender sus propias realidades subjetivas, desestructurando los órdenes de sentido y creando nuevas prácticas sociales, reproductoras a su vez de nuevos lazos sociales.

Por último, a fin de poder ahondar en el aspecto educador y problematizante que tiene el abordaje de grupos desde la danza-movimiento, cabe destacar que han podido movilizar lo aprehendido como lo dado, eso que paraliza y obliga a creer que la realidad no es posible de ser modificada: “(...) *Es como que aprendes que hay otro mundo, otras posibilidades, no encerrarme que es lo que tocó y tengo que quedarme ahí*”.

Resulta interesante destacar lo enunciado por Sefchovich, quien define al desarrollo las capacidades creativas de los sujetos como aquel potencial que incide directamente en el desarrollo de la humanidad (Sefchovich, 1987).

Los espacios de danza y movimiento han demostrado ser un lugar para que las personas participantes se apropien de sus expresiones que emergen de lo más profundo de su ser, las reflexionen, las transformen y vuelvan a sus prácticas sociales, a sus lazos cotidianos, desde otra perspectiva, enriquecida por los puentes de comunicación establecidos con otros, con quienes construyen espacios sensiblemente problematizantes sobre las distintas realidades. Es decir, son espacios que por medio de la inspiración que propicia la música, permiten a los participantes suspender sus cotidianidades, habilitándoles a crear desde el sentir y el encuentro con el otro y, de esta manera, reapropiarse de la realidad desde una manera distinta, resaltando así el potencial transformador y educativo de las técnicas creativas y colectivas de intervención, anunciando nuevas creaciones de mundo posibles bajo la lógica de un nosotros.

Aspectos problematizados desde las observaciones participantes

Un aspecto emergente -y no menor- que se ha podido registrar desde las observaciones participantes en los tres espacios -y por lo tanto instituciones distintas-, es que lo que permite otorgarles a los espacios grupales de danza y movimiento su aspecto de intervención social se encuentra estrechamente vinculado a quien coordina dicho espacio, ya que es quien le otorga el propósito y direccionalidad al mismo. Tanto en la Fundación “Espacios de la Mujer” como en el CIC, las actividades fueron coordinadas por profesionales de las ciencias sociales, pudiéndose observar que antes de iniciar las distintas dinámicas se planteaba, a modo de ronda, un disparador a trabajar, continuando el proceso desde los encuentros anteriores entrecruzándose posturas, planteos, preguntas, repreguntas, para luego iniciar las dinámicas de danza y movimiento bajo consignas que refirieran a dicho disparador. Al cierre de cada encuentro se compartían reflexiones finales de manera colectiva.

Por otro lado, en el espacio de Expresión y movimiento corporal llevado a cabo en “La casa de Haedo”, la actividad era coordinada por una psicopedagoga, pero a fin de construir un espacio de ocio y recreación, ya que la institución donde se llevaba a cabo aspiraba a ser un lugar de entretenimiento para quienes participasen. Allí, si bien se ha podido bailar desde los sentires, la impronta social no se ha podido registrar con tanto énfasis, dado que las actividades no hacían hincapié en dinámicas grupales y en compartir cuestiones sociales sino que se trabajaba más la dimensión subjetiva y personal de cada uno a través de la música.

Reflexiones finales desde el Trabajo Social

La investigación se inició desde una postura crítica y problematizadora sobre los nuevos espacios de intervención y sobre todo hacia el reconocimiento de las nuevas subjetividades que irrumpen en los escenarios. Repensar esto implicó complejizar la mirada de las problemáticas sociales que atraviesan a los sujetos, para entender que el sistema capitalista hegemónico, actualmente fortalecido bajo un modelo plenamente neoliberal, construye mecanismos de dominación, apropiándose y oscureciendo las capacidades humanas de sentir y expresarse. Esto propicia posicionarse desde una postura reflexiva, invitando a repensar nuevos abordajes de encuentro con los sujetos de intervención donde se logre recuperar el habla, el sentir, el intercambio, reivindicando la promoción de derechos humanos desde la promoción del auto conocimiento, del encuentro con el otro, de repensar nuevas modalidades y construcciones de vínculos posibles. Lo inmanente necesita verse, problematizarse y reflexionarse para poder trascender a una transformación por medio del encuentro con el otro.

Por medio de dicha investigación se ha explorado sobre cómo los distintos grupos han podido construir una resignificación de saberes con respecto a la realidad y el desarrollo de las capacidades creativas, para poder crear nuevas maneras de vincularse con el otro y crear, a su vez, nuevas perspectivas de comprender el mundo. Como ya se ha mencionado anteriormente, es la capacidad creativa aquella que despliega el aspecto más humano en cada uno, la cual permite sentir, expresar, movilizar, para crear nuevos modos de lazos sociales posibles y nuevas construcciones de valores y sentimientos en la sociedad en la cual se es parte. Por ello se concluye en que los espacios grupales de danza y movimiento, así como aquellos otros dispositivos de intervención social que promuevan la creación colectiva y revinculen a los sujetos con sus condiciones más sensibles desde sus propios padeceres, son posibles de encuadrar como un lugar de construcción política afectiva. La misma es definida por Annabel Lee Teles (2010) como aquellas acciones comunitarias que posibilitan el redescubrimiento del aspecto sensible, creador y emancipatorio como espacios políticos, permitiendo interpelar hacia una nueva trama territorial posible, donde lo afectivo se despliegue como una direccionalidad hacia nuevas formas de vida comunitaria. En palabras de la filósofa, *“Pensar lo que pasa y nos pasa requiere la potencia creativa de un pensamiento político que no se somete a las categorías habituales (...) pensar es crear, creación de conceptos y creación de realidad”* (Lee Teles, 2010: 168)

Ante la compleja trama actual de las problemáticas sociales -donde lo institucional ya no logra responder con las demandas de los sujetos tradicionales de intervención- una mirada reflexiva lleva a poder abrirse a nuevas metodologías de intervención que promuevan consolidar la puja de poder hacia nuevas maneras de re pensar(nos) y sentir(nos), hacia nuevos acontecimientos de encuentro, en clave de promoción de derechos y construcción de ciudadanía, permitiendo a su vez, dentro de la heterogeneidad de subjetividades, la participación en espacios de construcción con la alteridad, es decir con el otro. Y reivindicar la importancia de crear espacios de encuentro para los sujetos, reconociendo la necesidad de expresar aquellos aspectos silenciados, así como movilizar para promover el reconocimiento como seres sociales en el mundo, para educar desde la sensibilidad, para promover capacidades de sentir y pensar críticamente, donde la apropiación del mundo de los sujetos sea desde una postura íntegra, donde la razón y la emoción se entrelacen para construir una mirada sensible y crítica de la realidad y permita así crear nuevos lazos sociales, crear nuevas realidades posibles.

Si bien hoy lo institucional marca ciertas limitaciones en las respuestas, también en sus fracturas y resquebraaduras se abren nuevos marcos de interpretación de lo social y de los sujetos con los que se interviene. Hoy en día, pensar en la promoción de derechos, pensar en la construcción de

ciudadanías –si se quiere decir también, autonomía- conlleva a visibilizar en el relato las interpretaciones consolidadas en los padeceres de los sujetos para poder comprender, en términos de emocionalidad y sensibilidad, dónde la vulneración de derechos, en su abstracción semántica, se manifiesta y materializa en dolencias y en maneras de significar las subjetividades.

A modo de cierre y reflexión final, se resalta lo desarrollado por De Ieso:

“Esta interpelación debe convocarnos, como venimos presentando, a abrir nuevas puertas y ventanas que faciliten ver lo oculto, visibilizar lo que subyace y abrir caminos interiores y exteriores que permitan a las personas con las que trabajamos expresarse libremente (...) sea que la intervención se plantea como un dispositivo que va a articular lo «real», con lo subjetivo. De esa forma la intervención se propone como algo que no transforma, ni agrega, sino como un dispositivo que «hace ver», aquello que ese otro tiene” (De Ieso 2010: 6)

Notas

-I- Cabe aclarar que se han elegido tres espacios distintos de abordaje grupal a fin de ser estudiados, para poder encontrar los puntos en común y las diferencias de las distintas experiencias, y de esta manera, poder elaborar las reflexiones desde la disciplina del Trabajo Social.

Referencias Bibliográficas

Burgos Acosta, Juan (2015). “Los excesos de la razón: hacia la recuperación de las emociones en el concepto del ser humano” publicado en *Franciscanum* 164, Vol. LVII, Universidad La Gran Colombia, Bogotá.

De Ieso, Lía; Nuñez, Alicia; Cairo, Carina (2010). “Multiplicando posibilidades de encuentro y expresión: Reflexiones sobre una experiencia desde el Trabajo Social” *Revista Margen edición* N° 58 – 2010.

Dell’Anno, Amelia; Teubal, Ruth (2006). Resignificando lo grupal en el Trabajo Social.

Fischman, Diana (2001) “Danza terapia, orígenes y fundamentos” Disponible en: http://www.brecha.com.ar/articulos/danzaterapia_origenes_fundamentos.pdf

Flórez, Claudia Mallarino (2008). “La danza contemporánea en el Transmilenio: Tendencia y Técnica”

Le Breton, David (2005). El cuerpo sensible. Ed. Metales pesados.

Lee Teles, Annabel (2010). Política Afectiva: Apuntes para pensar la vida comunitaria. Ed. Fundación La Hendija, Gualaguaychú, Entre Ríos., Argentina.

Montero, Maritza (2015). “De la otredad a la praxis liberadora: La construcción de métodos para la conciencia” Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal.

Omilla, Gladys (2016). “Vida Cotidiana”. Recuperado de: http://filo.unt.edu.ar/wp-content/uploads/2017/05/intro_ts_unidad2_vida_cotidiana_y_trabajo_social_17.pdf?fbclid=IwAR3aauhUPeZBZQQK91x90FLSKIeabwxDuaF6RS1fLcsyQcA7LJUMBY15i5k. Fecha

de consulta: 10-12-18.

Pavón Rico, Patricia Daniela; Chávez, Natalia Soledad (2018). Trabajo Social Holístico, volviendo al Ser. Ed. Fundación La Hendija, Buenos Aires, Capital Federal.

Sefchovich, Galia (1987). La expresión en todas sus manifestaciones. En: *Hacia una pedagogía de la creatividad: Expresión plástica*, Trillas, México.

Scribano, Adrián (2009). “¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? A modo de Epílogo” Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/245032847_Por_que_una_mirada_sociologica_de_los_cuerpos_y_las_emociones_A_Modo_de_Epilogo. Fecha de consulta: 10-12-18.